

Dos mujeres

por C. Vidal Llaser

Las dos mujeres vivían en casas vecinas. Todas las tardes se reunían en el patio de una de las casas y se ponían a bordar. Mientras bordaban sobre la tela de sus pequeños bastidores, las dos mujeres se contaban sus cosas —en realidad, las contaba una de ellas, porque la otra era poco habladora—, y, a veces, se mostraban nerviosas, entrecruzando los hilos, y se reían ellas mismas de sus torpezas y de lo que decían. María era rubia, alegre, de bellas facciones, soñadora e infantil; Antonia, aunque no podía decirse que era fea, tenía un rostro oscuro y unas líneas desdibujadas y sin formas. Cada tarde, a menos que lloviera o hiciera mal tiempo, las dos mujeres recogían sus sillas y sus útiles de bordar, se sentaban en el patio enlosado, cerca de la casa, y permanecían allí hasta que la sombra del sol llegaba hasta el pozo. Era la señal. Si se retrasaban, alguien asomaba por encima del «porxo» y les recordaba que ya era hora de dejar su trabajo. Poco después las dos mujeres se separaban y se hacía el silencio en las casas y en el paisaje que las circundaba, y las sombras confusas de la noche, como un mar sin olas, borraban por completo su presencia, todos los murmullos y todas las inquietudes.

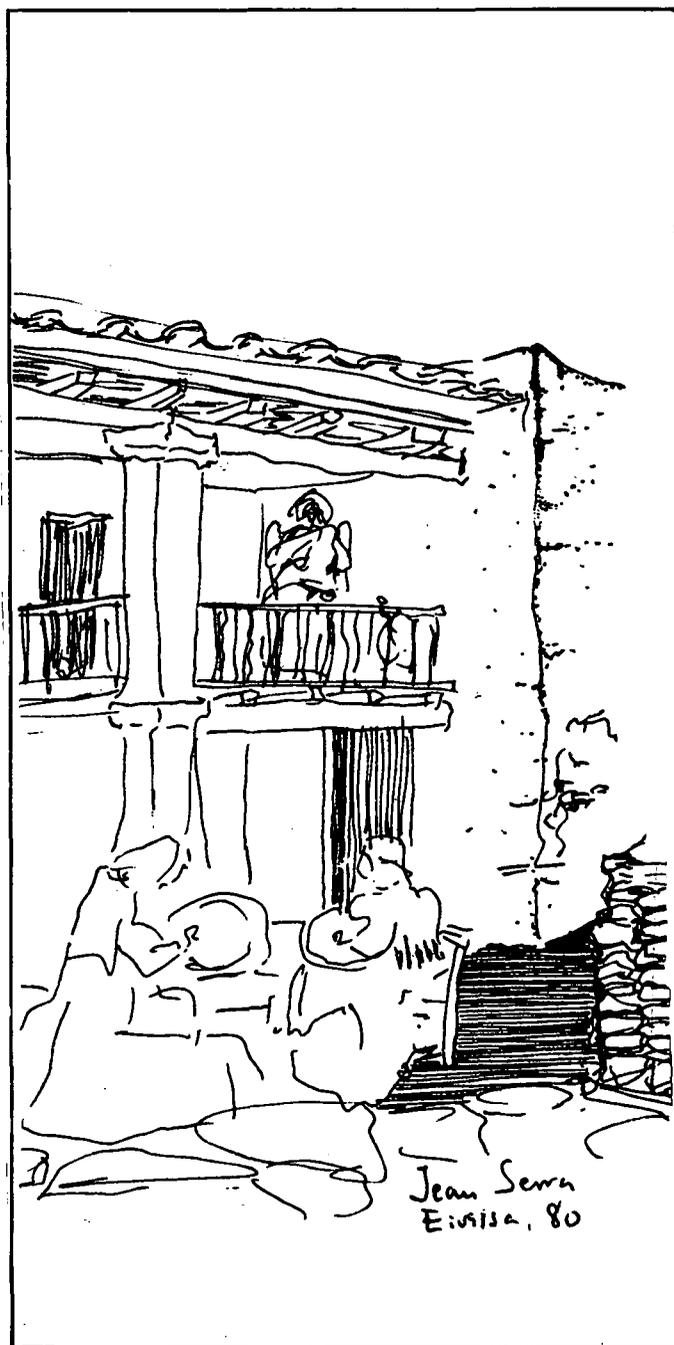
Los hilos del bordado de María diseñaban figuras y flores, formas onduladas alegres y sólidas, a través de las cuales parecían saltar caprichosos el alborozo y la dicha que la mujer llevaba dentro de su corazón. Su conversación era acompañada siempre de risas y de entusiasmo, detenida sólo a veces cuando sus grandes ojos se encendían misteriosamente fijos en esas regiones donde brotan los amores y los sueños. Antonia, en cambio, seguía con la aguja caminos torcidos, dibujaba extraños contornos, perfilaba malas lunas en las que asomaba agobiante la amargura y la desilusión. A veces se reía también, un poco a la fuerza, de lo que decía María, pero en el fondo su impaciencia y su desconuelo la tenían hundida en un vacío sin luz y sin esperanza.

—La última vez que vino a verme —decía María— estuve a punto de decidirme. Me gusta Francisco. Pero algún día volverá, estoy segura.

Se acordaba de la última noche que Francisco había ido a cortejarla. Se había sentado a su lado, mientras los otros pretendientes esperaban su turno fuera, charlando entre ellos o con los de la casa. Francisco sabía contar cosas divertidas y ella le escuchaba sumisa y con los ojos bajos, sin atravesarse a mirarle a la cara. El hombre decía que siempre pensaba en ella y la mujer se sentía alegre y complacida y soñaba en la dicha de los días futuros junto a Francisco, en un mar inmenso de felicidad. Con la misma ternura y el mismo cariño que daba a sus puntadas, María iba hilvanando sus ilusiones alrededor de su vida, mientras los hilos de varios colores anudaban y trenzaban mundos extraordinarios llenos de esperanza, de libertad y de amor.

—Los hombres vienen sólo por ti —dijo con tristeza Antonia—. A mí nunca vendrá ningún hombre a buscarme, a contarme en voz baja y suave los misterios del amor.

María dijo algo, pero ella no escuchó lo que decía. Los hilos se entrelazaban en una danza de sombras invisibles y las líneas discontinuas de sus bordados se perdían en confusos laberintos y cada puntada era como una gota hinchada y venenosa que caía sobre la tela destilando ramalazos de angustia y de dolor. Nunca



se havia sentada a su lado.ningún hombre, y si alguna vez alguno le había dirigido la palabra había sido sólo de pasada y sin mostrar ningún interés.

La luz del sol llegaba a su cita, como todas las tardes, y las dos mujeres dejaban sus labores y se marchaban a sus casas. A estas horas siempre quedaba algo que hacer. María se ocupaba de la cocina y Antonia daba de comer a los animales. Luego las dos mujeres dormían y soñaban, una con todos los vientos de la felicidad empujándola, sintiendo correr su sangre por caminos prometedores y llenos de ventura, y la otra desdibujando entre pesadillas la figura de ese hombre tan lejano, ignorante de su tristeza y de su confusa pasión.

Pasaba el tiempo y las dos mujeres seguían bordando en el patio de la casa. Tenían la costumbre de guardar el secreto de lo que hacían hasta que la labor estuviera terminada. Entonces se mostraban sus trabajos y venían los comentarios, las risas y las emociones, porque cada una había aprendido a descubrir a través de los colores empleados, de las hebras superpuestas, de la inclinación de las agujas, historias maravillosas, misteriosos escondites del corazón.

—¿Por qué no habrá vuelto Francisco? —preguntó de pronto Antonia—. ¿Dónde está aquel amor que te traía cada vez que entraba en tu casa? ¿Cómo mantener así este amor y vivir con alegría?

Algo extraño intuía ahora en el bordado que había terminado María. Como pájaros enjaulados aparecían líneas y perfiles que

perdían poco a poco su gracia y su espontaneidad. Los dibujos que hacía María tenían siempre una tonalidad exultante, se transparentaba en ellos el baile de unos ojos brillantes y el júbilo de toda una vida hecha de sal. Ahora se agrupaban los hilos como pequeñas sombras, oscuras e impenetrables unas, mostrando una forzada sinceridad otras, todas con el deseo crispando sus nervios sobre espumas de melancolía y desilusión.

—¿Quién sabe? —susurró María—. Hemos oído contar tantos cuentos que no suceden, que no han sucedido nunca...

El bordado de Antonia saltó de pronto ante los ojos de María como una ráfaga de tramontana que la hizo estremecer. Aquello no era lo que ella estaba acostumbrada a ver. Los colores, los matices, el juego radiante del conjunto respiraba primaveras anticipadas, cielos sin nubes, la felicidad. Las dos mujeres se miraron escrutadoras a los ojos. Por primera vez Antonia se sintió tentada por la risa, una risa mordaz y despreocupada a un tiempo, una risa que mostraba todos los interiores turbios reprimidos en el ritmo de sus pensamientos, en la memoria de sus recuerdos, en las oscuras horas de su soledad y silencio.

—Sí —dijo Antonia— Francisco y yo nos hemos prometido hace unos días.

En el bordado de Antonia se insinuaba apenas una sortija de oro con finas y cortas cadenillas con un corazón y una llave colgante en el centro. Una vaga sensación de tristeza dibujó en los ojos de María una expresión dulce y soñadora. Y más tarde lloró a solas y en silencio durante largo tiempo.

C. VIDAL LLÀSER

Marià Villangómez i Llobet

Cronologia

1913 (10 de gener)

Neix a la ciutat d'Eivissa.

1923 (setembre)

Aprova l'ingrés i el primer curs de Batxillerat (ensenyament lliure) a l'Institut de Palma de Mallorca. Al mateix Institut aprova, els tres anys següents, els cursos segon, tercer i quart.

1927 (setembre)

Obté el títol de Batxiller Universitari en Lletres a la Universitat de Múrcia, segons el nou pla d'estudis de la Dictadura (pla Callejo).

1928 (octubre)

Comença els estudis de Dret a la Universitat de Barcelona. El curs anterior no ha pogut iniciar aquests estudis per no tenir l'edat suficient.

1930

Comença a escriure poesia en català. Abans ja n'havia escrit en castellà.

1933 (juny)

Acaba la llicenciatura en Dret, a Barcelona. Inicia un llarg període de residència a Eivissa.

1933 (15 de novembre)

Diario de Ibiza publica el seu poema *Començament de tardor*, precedit d'un comentari d'Isidor Macabich.

1933 (24 de desembre)

Pronuncia la seua primera conferència,

Sant Miquel de Balansat, on tant va escriure Marià Villangómez.



al Centre d'Acció Social.

1935

Servei militar a Infanteria, a Eivissa, durant els sis primer mesos de l'any. Comença els estudis de Lletres (ensenyament lliure) a la Universitat de València, on s'examina el mes de setembre. En el número de novembre-desembre de *La nostra terra*, de Palma, apareixen dos poemes seus. En publica un altre a l'*Almanac de les lletres* per a 1936, també de Mallorca.

1936

Publica dos poemes, igualment en català, a *Diario de Ibiza: Dona* el 10 de març, i *Soliloqui de primavera* el 26 de maig. Continua els estudis de Lletres, amb la intenció d'examinar-se pel setembre a Salamanca. El dia 19 de juliol, amb la guerra, és mobilitzat. Després de l'interval de sis setmanes del període republicà, prossegueix la seua mobilització.

1937

Nomenat professor de Llengua i Literatura espanyola de l'Institut d'Eivissa, dona classes durant el curs 1936-1937 (que no comença fins al gener) i el següent (1937-1938). Durant les vacances s'incorpora a l'exèrcit. Continua escrivint poesies en català, que no pot publicar.